

llos que son considerados como enemigos de los dioses y del Estado, y se inventan á porfía torturas que hacen estremecer. Los Cristianos son azotados, aplicados al tormento, desgarrados con uñas de acero; el hierro les hiere, el fuego les consume; son crucificados; el pueblo se divierte al verlos despedazados por los perros ó devorados por los leones; cúbrenlos de planchas encandentes, siéntanlos sobre sillas ardientes, métenlos en aceite hirviendo, quémalos á fuego lento, tritúranlos bajo muelas, y córtanlos á pedazos. Cubiertos ya sus cuerpos de heridas, las llagas solas son mas y mas desgarradas; llevados los verdugos de su crueldad respetan los cortos momentos que les quedan de vida; entre los suplicios son elegidos los que hacen morir mas lentamente, y con bárbara y fingida compasion les curan y alientan á fin de ponerles en estado de sufrir de nuevo.

Para ellos no existe piedad en el corazon de los hombres, y sus tormentos son celebrados con gritos de alegría; la muerte no es bastante poderosa para ponerles al abrigo de sus perseguidores, quienes, encarnizándose en los tristes restos de sus cuerpos, los reducen á cenizas, los precipitan á los rios, ó los dejan á merced del viento, para aniquilarlos si posible fuese. Roma se embriaga con su sangre, la ve correr á rios<sup>4</sup>, y sin embargo no logra satisfacer el odio que les profesa: encendida la persecucion en la capital, se comunica como un vasto incendio de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, hasta llegar á los confines del Imperio, entonces casi tan extenso como el mundo; y no es una persecucion de algunos dias; los sufrimientos de la Iglesia pueden contarse por siglos; es imposible seguir su historia durante trescientos años, á no ser por las huellas de sangre que deja en su camino, y por el resplandor de las hogueras que encienden contra ella.

Á la persecucion de sangre sucede la de caricias, á fin de seducir á los que no han podido ser vencidos. Riquezas, honores, dignida-

<sup>4</sup> Bullet, id. pág. 81. — So pretexto de su extremado horror, algunos han puesto en duda los suplicios de los Mártires; mas los que tal cosa dicen manifiestan conocer muy poco la antigüedad. Primeramente el mas horrible de todos, ordenado por Neron, es referido por Tácito, historiador gentil nada sospechoso; además, la mayor parte de los otros se usaban con los esclavos, con los parricidas, con las vestales infeas y con todos los grandes criminales, entre los cuales ocupaban los Cristianos, para los gentiles, el primer lugar.

Se ha dicho tambien que el número de Mártires era exagerado; á esto darémos igual contestacion, cuando vemos á César dar muerte á 18,000 hombres en un dia para divertir al pueblo; cuando vemos á los Emperadores, á los magistrados, á los simples particulares conducir al anfiteatro á miles de gladiadores, tenemos una prueba evidente de que en el Gentilismo la vida de los hombres era nada, y que por consiguiente son creibles las mas grandes matanzas, en cuanto están conformes con las costumbres de la época. ( Véase sobre todo esto á Mamachi, *De las costumbres de los primitivos Cristianos*, t. I, prefacio; Bullet, *Historia del establecimiento del Cristianismo*; Baronio, *Annal.* año 34, 313; las *Tres Romas*, t. I, II y IV, etc., etc.

des, favores del príncipe, todo es empleado para reducir á aquellos nombres insensibles al dolor, contra quienes los tormentos se embotan, y para los cuales carece la muerte de aguijon. Nada se omite, todo se pone en planta para aniquilar el nombre cristiano<sup>4</sup>; y ahora representaos todas las dificultades que acabamos de indicar, dad libre vuelo á vuestra imaginacion, decid si teneis noticia de alguna obra mas gigantesca, mas imposible que el establecimiento del Cristianismo.

2º. Debilidad de los medios. La revolucion que se pretende llevar á cabo es, sin contradiccion alguna, la mas difícil que pueda concebirse; sin embargo los medios para realizarla pueden ser muy poderosos, pueden ser tan proporcionados al efecto que se trata de conseguir, que insensiblemente puede plantearse una empresa reputada imposible; así pues, el sentido comun exige y espera ver aparecer seres tan extraordinarios como la mision que les está confiada, y como la humanidad no los ofrece que estén al nivel de semejante obra, ¿la naturaleza angélica, á no dudarle, proporcionará los héroes de tan admirable conquista? No. — ¿Quién, pues? La humanidad. — Pero al menos ¿se elegirá de entre la humanidad lo que posea de mas distinguido, ya por la superioridad del talento, por la nobleza del origen, por el brillo de las dignidades, por la grandeza de la fortuna, por la magnitud del poder, en una palabra, á los Césares, absolutos señores del mundo? No. — ¿Á los Griegos famosos en todo el universo por su sabiduría y maravillosa elocuencia? Tampoco. — ¿Á los Romanos, cuyo solo nombre hace temblar á los Reyes en sus tronos? No, á los Bárbaros. — Sin embargo, serán bárbaros ilustres; ¿los Egipcios, padres de las ciencias, ó los Galos que inspiran temor á la misma Roma? No, mucho menos.

¿Quién, pues? Los Judíos, pueblo odiado y despreciado por todos. — ¿Indudablemente habrán sido elegidos los primeros de la nacion, los sumos sacerdotes, los ricos ó los sabios? No. — ¿Quién, pues? Hombres del mas ínfimo pueblo, pescadores de oficio. — Con todo, bajo su exterior grosero ¿ocultarán las hermosas dotes del genio, serán elocuentes? Ni su idioma saben. — ¿Serán muy eruditos? Solo conocen su oscuro oficio. — ¿Serán ricos? Su única fortuna consiste en sus barcas y sus redes. — ¿Serán virtuosos? El uno es culpable de perjurio, los otros de ambicion y de celos, y todos son reputados por hombres infames y de mala vida<sup>5</sup>. — ¿Serán, pues, héroes por su valor? El mas valiente de todos tiembla como la hoja en el árbol á la voz de una criada. — Sin embargo, el número suplirá el valor, ¿serán muchos millones? Son en número de doce ni mas ni menos. Sí, doce pesca-

<sup>4</sup> Bullet, id. pág. 82.

<sup>5</sup> Celso, en Orígenes, lib. II, n. 46; id. lib. I, n. 26.

dores, doce judíos, es decir, los últimos hombres de la última nación, ó según expresión de uno de ellos, la escoria del mundo<sup>1</sup>, fueron, como atestiguan unánimemente judíos, gentiles y cristianos, los héroes de la obra mas colosal que jamás se haya emprendido; ellos son los que deben presentarse en las cortes mas cultas, hablar delante de las mas ilustres academias, ser los doctores de los Reyes y de los pueblos, convencer á los sabios de locura, á los filósofos de ignorancia, al mundo entero de crimen y de error.

Tambien aquí representaos vivamente lo que eran los Apóstoles, dad libre vuelo á vuestra imaginacion, y decid si era posible ballar medios mas en desproporcion con la inmensidad de la empresa; doce pescadores para sojuzgar al mundo, ¿qué irrisión!

3º. Grandiosidad del resultado. ¿Cuál será el resultado de la empresa? «¿Qué resultado pueden prometerse unos hombres que teniendo que vencer todas las oposiciones imaginables, los medios que emplean son otros tantos obstáculos? De una parte vemos una religion agradable y pomposa que se cree establecida por los dioses, que se reputa tan antigua como el mundo y que se considera la base de la dicha y prosperidad públicas, y de otra una religion severa, sencilla, nueva, enemiga de las costumbres nacionales y del orden establecido; de una parte á los sabios, á los filósofos, á los hombres de ingenio, á los magistrados, á los Emperadores, al ejército, al universo entero, y de otra á algunos ignorantes, sin defensa, sin apoyo, sin auxilio; de una parte la autoridad, la crueldad y el furor, y de otra la debilidad, la paciencia, la muerte; de una parte á los verdugos, y de otra á las víctimas<sup>2</sup>.» ¿Quién reportó la victoria? El universo, dice la razon; los doce pescadores, grita la historia, sí, la historia profana, escrita por los Judíos y por los mismos gentiles, testigos oculares del suceso y enemigos mortales de los Cristianos; historia que tambien nos enseña que el triunfo de los pescadores galileos fué rápido, efectivo, real y duradero.

Triunfo rápido. El mismo dia en que tan singulares predicadores empiezan su tarea, tres mil judíos se postran á sus piés y abrazan su doctrina; el dia siguiente otros cinco mil siguen su ejemplo, y con la rapidez con que el rayo ilumina las nubes, con la actividad con que el fuego consume un campo de secos zarzales, propagóse el Cristianismo por la Siria, la Samaria, el Asia Menor, con todas sus ciudades y provincias. Esmirna, Éfeso, Corinto, Atenas le abren sus puertas; la Arabia, las Grandes Indias, la Persia, la Armenia, la Etiopia, la Libia, el Egipto proporcionanle innumerables disci-

<sup>1</sup> I Cor. iv, 13. — Celso, en Orígenes, lib. I, n. 42, dice: « Jesum ascitis decem » aut undecim hominibus famosiss, publicanis nautisque nequissimis, huc illuc cum illis fugitasse turpiter et ægre cibos colligentem. »

<sup>2</sup> Bullet, id. pág. 82.

pulos; del Oriente pasa al Occidente, y algunos años despues Roma, la capital del mundo, la residencia de Neron, el baluarte de la idolatría, cuenta entre su poblacion á gran número de cristianos<sup>1</sup>. Las Galias, las Españas, la Gran Bretaña, la Germania los tienen á millares, de modo que apenas ha transcurrido medio siglo, cuando, según atestiguan los mismos perseguidores, la secta cristiana pulula en todas las provincias del Imperio<sup>2</sup>.

Finalmente, ochenta años despues, un abogado del Cristianismo, Tertuliano, decia delante de los magistrados romanos sin temor de ser desmentido: « Solo datamos de ayer, y lo llenamos ya todo, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestras colonias, vuestras aldeas, vuestras asambleas, vuestros campamentos, vuestras tribus, vuestras decurias, el palacio del Emperador, el Senado, el Foro; no os abandonamos mas que vuestros templos... Sin rebelarnos abiertamente podríamos haceros experimentar una ignominiosa derrota; bastaria que nos separásemos de vosotros, pues si nuestra inmensa multitud se apartase de vosotros para retirarse á algun país lejano, la pérdida de tantos ciudadanos de todos los estados desquiciaria vuestro Gobierno y seria para vosotros suficiente castigo. Espantados de vuestra soledad, del silencio de los negocios, y del estupor del mundo entero herido de muerte, buscariais á quién mandar, y os quedarían mas enemigos que ciudadanos<sup>3</sup>. »

Así pues, mientras que Roma, siempre con las armas en la mano, tuvo necesidad de setecientos años de victorias para formar su Imperio, el Cristianismo, desarmado, reina desde su origen sobre todas las naciones, y la cruz de Jesucristo es plantada en regiones donde jamás agitó sus alas el águila de los Césares. Antes que transcurran tres siglos despues de su salida del Cenáculo, la nueva Religion

<sup>1</sup> Las palabras de Tácito son muy importantes para que no las traslademos íntegras. El grave historiador habla de lo que hizo Neron para disculparse de haber incendiado la ciudad de Roma. — Ergo abolendo rumori Nero subdidit reos et quæsitissimis pœnis affectit. Auctor nominis hujus Christus, qui, Tiberio imperante, per procuratorem Pontium Pilatum, supplicio affectus erat. Repressaque in præsens exitiabilis superstitio rursus erumpebat, non modo per Judæam originem ejus mali, sed per Urbem etiam, quo cuncta undique atrocitas, aut pudenda confluent, celebranturque. Igitur primo correpti, qui fatebantur, deinde indicio eorum multitudo ingens, haud perinde in crimine incendii, quam odio humani generis convicti sunt. Et pereuntibus addita ludibria, ut ferarum tergis contacti, laniatu canum interirent, aut crucibus affixi, aut flammandi, atque ubi defecisset dies, in usum nocturni luminis urerentur. Hortos suos ei spectaculo Nero obtulerat, et circense ludicrum edebat, habitu aurigæ permixtus plebi, vel curriculo insistent; unde quamquam adversus sontes et novissima exempla meritis, miseratior oriebatur, tanquam non utilitate publica, sed in sævitiam unius absumerentur. (Annal. lib. XV; id. Sueton. in Ner.; Senec. Epist. XIV; Juv. Satyr. 1, etc., etc.)

<sup>2</sup> Véanse los edictos de persecucion y la carta de Plinio á Trajano.

<sup>3</sup> Apol. c. 40.

habrá subyugado á la misma Roma, y sentada tranquilamente en el trono imperial, empuñará sola el cetro del universo.

Triunfo efectivo. Semejante ardor en abrazar el Cristianismo no es una especulacion susceptible de enriquecer á nadie, ni un capricho de la moda que halaga la vanidad, ni un entusiasmo momentáneo que revela mas ligereza que reflexion, ni una resolucion indiferente que á nada obliga. Hacerse cristiano es consentir en la pérdida de todos sus bienes y en la pobreza; es entregarse á los insultos y desprecios públicos, al odio de los parientes, al furor del pueblo, á la cólera de los Emperadores, al destierro, á la persecucion, en una palabra, es firmar su propia sentencia de muerte, y ¡qué muerte, gran Dios! La muerte en medio de horrorosas torturas, la muerte en medio de los aplausos de todos los espectadores.

Pues bien; esa sentencia de muerte es firmada alegremente no por algunos fanáticos, en un oscuro rincón del mundo, durante el corto espacio de breves meses ó de algunos años, sino que es firmada, solicitada con ardor ó al menos aceptada con acciones de gracias por una innumerable multitud de hombres, de mujeres, de niños, de vírgenes, de ancianos, de senadores, de cónsules, de generales, de sabios, de filósofos, de ricos y de pobres, en todas las regiones que el sol ilumina, y por espacio de tres siglos. En vano se multiplican los edictos de persecucion y caen sobre los Cristianos como el granizo en un día de borrasca; en vano ejércitos de procónsules, llevando tras sí ejércitos de verdugos y el terrible aparato de toda clase de suplicios, recorren las provincias para sembrar en ellas la consternacion; en vano se levantan en todas partes cadalsos; en vano se encienden hogueras en todos los puntos de Europa; en vano todas las fieras que se alimentan en los bosques de Germania ó que ocultan los desiertos del África son conducidas á los anfiteatros y á los circos para devorar á los Cristianos: el fuego de la persecucion no hace mas que aumentar el ardor por el martirio.

Desde lo alto de sus tronos, los señores del mundo mandan adorar á los dioses, y son despreciados; desde lo alto de su cruz, Jesús manda que vayan á él, y todos le obedecen al través de los suplicios y de las hogueras. El Olimpo todo tiembla en sus altares; los magistrados palidecen en medio de sus haces; los mismos verdugos se cansan; el hacha embotada se desliza de sus manos, y cristianos á su vez mezclan su sangre con la sangre de sus víctimas. Si leéis las relaciones de tan gigantesco combate, veréis que segun los cálculos mas concienzudos fueron sacrificados once millones de Mártires durante los tres primeros siglos, de cuyo número la ciudad de Roma cuenta por sí sola dos millones<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Véase nuestra *Historia de las Catacumbas*.

Triunfo real. El Cristianismo no obra únicamente en la superficie, sino que penetra en las profundidades de las almas; bajo su poderosa accion los corazones mas débiles se robustecen: los mas arraigados vicios hacen lugar á sólidas virtudes; la humildad destrona al orgullo; la dulzura, la castidad, la paciencia dominan allí donde reinaban la venganza, la impudicia bajo todas sus formas, la venganza y la crueldad. Las ideas sufren un cambio análogo; á las absurdas nociones sobre Dios y la Providencia, sobre el hombre, su naturaleza y su destino, sobre el mundo, su creacion y el uso que de él debe hacerse, suceden conocimientos verdaderos, ciertos, precisos y de una sencillez tan sublime, que aun en el día constituyen toda la superioridad de las naciones cristianas respecto del mundo gentil. Llevando aun mas adelante su accion bienhechora, el Cristianismo modifica todas las leyes de la sociedad religiosa, política, civil y doméstica; del uno al otro polo son derribadas de sus altares las innumerables divinidades que bebían la sangre de los hombres, y que se honraban con sus crímenes; la unidad de Dios brilla en el universo como el sol al aparecer en el horizonte, y con su pura y viva luz aquel dogma ilumina, embellece y vivifica al género humano.

Gracias á la nueva Religion, los pueblos cesan de ver enemigos en todos los extranjeros; la bárbara máxima: ¡Ay de los vencidos! es borrada de las banderas y olvidada por los vencedores. Á la ley de odio, antigua base de la sociedad gentil, sucede la dulce ley de la caridad, que hace de todos los hombres los miembros de una misma familia. Abolida de derecho la esclavitud desde la aparicion del Cristianismo, es abolida de hecho luego que las circunstancias lo permiten; el matrimonio, elevado á su dignidad primitiva, ¿qué digo? á una dignidad mayor, es santificado así en el acto que lo constituye como en los deberes que impone; la poligamia y el divorcio, autorizados por todas las legislaciones antiguas, se convierten en un doble crimen; el padre cesa de ser déspota, la mujer esclava y el hijo una víctima. Hasta el pobre, el pobre objeto universal del odio y del desprecio, se convierte en un ser sagrado para el cual se construyen palacios y á quien da el rico su oro para alimentarle, sus hijos para protegerle, sus hijas para cuidarle, y él mismo, en fin, para servirle.

Triunfo duradero. Si recorro con mi vista el mundo, si miro un siglo tras otro siglo, no veo mas que ruínas: Babilonia no existe; Ninive no existe; Menfis no existe; las gigantescas monarquías de los Asirios, de los Persas, de los Griegos, de los Romanos, han desaparecido; las instituciones de Zoroastres, de Solon y de Licurgo, ¿dónde están? Solo hay ruínas en la faz del mundo pagano y en el curso de los siglos antiguos. ¿Sucederá lo mismo con el edificio levantado por los pescadores galileos? Diez y ocho siglos os contestan: No, su obra no perecerá; la revolucion que obraron no es un cam-

bio pasajero que un siglo ha visto realizar, y que verá desaparecer otro siglo; y á diferencia de todos los demás hechos consignados en la historia, el paso del mundo al Cristianismo es un hecho siempre subsistente; antes y despues no hay mas que ruinas.

¿Qué se han hecho las instituciones de los pueblos mas poderosos? ¿Qué los sistemas de los filósofos, los códigos de los mas sabios legisladores? ¿Qué resta de tantas ciudades en otro tiempo tan florecientes? Cartago, Tebas, Lacedemonia, ya no existen, y apenas ruinas inciertas y esparcidas indican al viajero el lugar que ocuparon. ¿Dónde están los Neronos, los Decios, los Dioclecianos, los enemigos todos del Cristianismo? ¿Dónde los Arrianos, los Macedonios, los Donatistas y toda la muchedumbre de herejes que sucesivamente han desgarrado el seno de la Iglesia? Todo ha cambiado, todo ha desaparecido, todo ha muerto. La misma Roma, la Roma gentil, aquella reina orgullosa que se embriagaba con la sangre de los Mártires y que creía haber aniquilado el nombre cristiano, la Roma gentil duerme sepultada con sus dioses y sus Césares bajo las numerosas ruinas de sus palacios y sus templos. Desde hace diez y ocho siglos, veinte veces los pueblos han sucedido á los pueblos, las instituciones políticas á las instituciones políticas; los imperios se han desplomado para hacer lugar á otros imperios, mientras que la sociedad fundada por los pescadores galileos, la sola inmutable, no ha perdido ni uno solo de sus dogmas, ni una sola de sus leyes; tan jóven ahora como al abandonar su cuna, tan fuerte como en su edad adolescente, arrostra igualmente la barbarie de los pueblos, los terribles huracanes de las pasiones rebeldas, el hacha de los verdugos, los sofismas de la impiedad, los escándalos de sus propios hijos, y permanece en pié rodeada de las ruinas de todos los establecimientos humanos.

Por tercera vez dad libre vuelo á vuestra imaginacion, y decid si hubo jamás resultado mas grandioso, mas en desproporcion con los medios empleados para conseguirlo.

Hé aquí en toda su sencillez el hecho del establecimiento del Cristianismo, tal como lo refieren unánimemente los Judíos, los gentiles y los Cristianos, testigos todos presenciales y enteramente irreprochables. En todo cuanto hemos dicho no hemos mezclado apreciacion alguna sobre él, nos hemos limitado á referirlo; pero permitasenos ahora resumirlo en la siguiente suposicion, solo para demostrar toda su extrañeza, para hacer ver su sorprendente carácter.

Trasladémonos con el pensamiento á la época en que el Cristianismo apareció en la tierra, y supongamos, con san Juan Crisóstomo, que un filósofo gentil hubiese hallado al Salvador en el momento en que este empezó á predicar su doctrina. Jesús está solo, viaja á pié, lleva un baston en su mano, y cubre su cuerpo un mísero vestido. — ¿Dónde vais? le pregunta el filósofo. — Á predicar mi doc-

trina. — ¿Qué pretendéis al predicar por los pueblos de Judea lo que llamais vuestra doctrina? — Convertir al mundo. — ¡Hacer que el universo abandone sus dioses, su religion, sus costumbres, sus hábitos, sus leyes, para adoptar vuestras máximas! ¿Sois acaso mas sabio que Sócrates, mas elocuente que Platon, el cual no pudo conseguir jamás imponer sus leyes ni á una sola aldea del Ática? — No me presento como sabio. — ¿Quién sois, pues? — Soy conocido por el hijo de un oscuro artesano de Nazareth. — ¿Qué medios secretos habeis empleado para preparar el feliz éxito de vuestra empresa? — Hasta ahora he pasado mi vida en el taller de mi padre, y hace muy poco que recorro el país; algunos discípulos me siguen, y á ellos confiaré el establecimiento de mi doctrina entre las naciones.

— Vuestros discípulos serán sin duda hombres tan distinguidos por la nobleza de su cuna como por la superioridad de su talento, ¿no es así? — ¡Mis discípulos! Son doce pobres pescadores que no saben ni conocen otra cosa que sus barcas y sus redes, doce judíos, y no ignoraréis cuán despreciados son los Judíos por los demás pueblos. — ¿Contaréis, pues, con la proteccion de algun poderoso monarca? — Mis enemigos mas encarnizados serán los Reyes y grandes de este mundo; todos se armarán para destruir mi doctrina. — Entonces, ¿poseeréis inmensas riquezas, y haciendo brillar el oro á los ojos de los pueblos, concibo la facilidad de granjearse adoradores? — No tengo siquiera en qué reposar mi cabeza; mis discípulos, pobres por su nacimiento, lo serán aun mas por mis preceptos, y vivirán de limosnas ó del trabajo de sus manos.

— En este caso no podeis fundar la esperanza de vuestro triunfo sino en vuestra misma doctrina. — ¡En mi doctrina! Mi doctrina descansa en misterios que los hombres calificarán de locuras; por ejemplo, quiero que mis discípulos anuncien que soy yo el Criador del cielo y de la tierra, que soy Dios y hombre á un mismo tiempo; que he nacido de una vírgen, que he muerto en una cruz entre dos ladrones, pues con semejante suplicio terminaré luego mi vida; que resucité tres dias despues, y que por fin subí á los cielos. — ¿Á lo menos vuestra moral será muy cómoda, y halagará sin duda todas las pasiones? — ¡Mi moral! Mi moral combate todas las pasiones, condena todos los vicios, impone las mas austeras virtudes, y castiga hasta la idea del mal. — Pero prometeis magníficas recompensas á los que la abracen, ¿no es verdad? — En la tierra les prometo el desprecio, el odio del género humano, las cárceles, las hogueras, la muerte bajo todas sus formas; despues de la vida les prometo premios que la inteligencia del hombre no puede comprender.

— ¿En qué lugares, á qué hombres pretendéis enseñar tan extraña filosofia? sin duda á algunos ignorantes como aquellos á quienes llamais vuestros discípulos? — Mi religion será predicada en Jeru-

salen, en la Sinagoga; en Atenas, en el Areopago; en Roma, en el mismo palacio de los Césares; por todas partes, á los Reyes y á los pueblos, en las ciudades y en los campos, hasta los confines del mundo. — ¿Y esperais un buen resultado? — Sí; en breve seré por todas partes reconocido por único Dios del cielo y de la tierra; el mundo está en visperas de cambiar de faz; los ídolos caerán; los pueblos acudirán para abrazar mi doctrina; los mismos Reyes se prosternarán ante el instrumento de mi suplicio, y lo colocarán en su corona como su mas bello adorno; en todas partes tendré templos, altares, sacerdotes y adoradores. — Andad, andad, pobre loco; volved al taller de vuestro padre; vuestro proyecto es el colmo de la extravagancia.

El filósofo tenia razon. Sí, lo sostengo, emprender la conversion del mundo con doce pescadores, en el siglo de Augusto, á despecho de todas las potestades humanas, tal proyecto á los ojos del sentido comun es el colmo de la locura, pues es evidente que su realizacion es superior á las fuerzas del hombre; y sin embargo, aquí está la historia, la historia profana que lo atestigua; aquel proyecto fué ejecutado, y lo fué del modo y por los medios que Jesús predijo; lo fué rápidamente, luego lo fué divinamente. Cuando los impíos habrán destruido ese hecho, tendrán derecho para tratarnos de espíritus débiles y crédulos, porque creemos en la divinidad del Cristianismo; hasta entonces les devolvemos, por pertenecerles en plena propiedad, los epítetos de credulidad é imbecilidad que nos dirigen.

Si el mismo filósofo de que hemos hablado volviese hoy á la tierra, y viese á la religion de Jesús de Nazareth dominando en todo el universo, ¿podria dudar del milagro de su establecimiento? ¿Podria dejar de exclamar sobrecogido de admiracion: « Esto es superior al entendimiento y á las fuerzas humanas; esto es obra de Dios? » Sin embargo no admitimos aun la explicacion del filósofo; veamos antes y en la leccion siguiente si es posible encontrar otra.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme dado con el establecimiento del Cristianismo una indestructible prueba de mi fe; haced que apoyado siempre en aquella inmóvil roca desprecie todos los ataques de los impíos y de mis propias pasiones coligados para alterar mi creencia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, oraré por la conversion de los incrédulos.

\* Incredibile, ergo divinum. (Tertul. adv. Marc.)

LECCION XXII.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Hechos que resultan del establecimiento del Cristianismo. — Doble explicacion de estos hechos. — Refutacion y destruccion de todas las objeciones contra la Religion. — Todas las objeciones convertidas en pruebas de la Religion.

1º. Hechos que resultan del establecimiento del Cristianismo. — Acabamos de referir la historia del establecimiento del Cristianismo, como habríamos referido cualquier otro hecho sin aducir opinion alguna sobre la causa humana ó divina de semejante revolucion, la mas admirable que hubo jamás. Tiempo es ya de que cese toda incertidumbre sobre punto tan fundamental, y para ello empezaremos diciendo, que de lo que precede resultan los siguientes hechos, de los cuales unos están atestiguados por los Judíos, por los gentiles y por los Cristianos unánimemente, y otros son palpables para todos.

*Primer hecho* : Hace mil ochocientos años que el mundo era gentil.

*Segundo hecho* : En el dia es cristiano.

*Tercer hecho* : La conversion del mundo fué obra de un personaje llamado Jesús de Nazareth, auxiliado de doce hombres del pueblo.

*Cuarto hecho* : Jesús de Nazareth fué un judío, y un judío crucificado.

*Quinto hecho* : Un judío, y un judío crucificado, era lo mas odioso y despreciable que podia hallarse en la tierra. En tiempo de Jesús de Nazareth los Judíos eran un objeto público de risa y de odio, como lo acreditan los autores gentiles, tales como Horacio, Tácito, Suetonio y Marcial, sin que el tiempo, ni las revoluciones, ni los esfuerzos humanos hayan podido cambiar la opinion sobre este punto; desde hace muchos siglos, cuando entre nosotros se quiere pintar con un solo rasgo á un usurero, á un bribon, á un traidor, se dice : Es un judío. Los mismos Judíos se ruborizan de llamarse tales; tanto es el envilecimiento de aquel nombre, y se dan el de israelitas, nombre mas honroso, en cuanto es inusitado. Jesús de Nazareth no fué solamente un judío, sino un judío crucificado, con lo cual se expresa lo mas vil, lo mas infame, el oprobio del género humano, la última escoria de las naciones<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Servorum, latronum, sicariorum, et seditiosorum supplicium crux erat, cui illi affigebantur, et in ea pendeabant, donec fame, siti, doloribus enecarentur, post mortem suam canum et corvorum relictis cibis. Itaque supplicio illo non aliud apud